

María Feodorowna, el príncipe Eugenio de Wurtemberg, que á la sazón contaba trece años. A este príncipe, que era un niño inteligente y vivo, y queríalo entrañablemente, el emperador, que por lo menos se portaba como hombre que hubiese perdido el juicio, nombróle comendador de la orden de Malta; hablábale siempre en alemán y le daba el tratamiento de «bondadoso señor,» le hacia los honores en la parada y le presentaba personalmente al batallón; además hablaba á menudo de un «gran golpe» que estaba preparando y de la necesidad en que «dentro de poco» había de verse de «hacer cortar cabezas que en otro tiempo le habían sido caras.» Evidentemente proyectaba una revolución palaciega para proclamar sucesor al trono al príncipe de Wurtemberg y aplicar á su familia el castigo que hacia tiempo tenia meditado, y que consistía en enviar á la emperatriz á Kolmogor, en el extremo Norte, á Alejandro á Schlussemburg y á Constantino á la ciudadela de San Petersburgo.

Tal era la situación que aprovechó el vice-canciller del imperio, conde Panin, para hacer admitir por fin al bondadoso gran duque Alejandro, que temía con razón por su corona y por su vida, la idea de un golpe de Estado que había de tener por objeto el destronamiento, pero no el asesinato del emperador, á quien había de obligarse á abdicar. Esto es indudable y solo á la inexperiencia del gran duque puede atribuirse que creyera que podía llevarse á cabo aquel plan sin asesinar al soberano.

Al conde Panin se unió el ministro de policía y gobernador de San Petersburgo, el conde Pahlen, el funcionario á quien el emperador se había entregado por completo y cuya cooperación aseguraba la victoria. Cuando Pahlen se presentó, en la mañana del 23 de marzo de 1801, al emperador para darle cuenta de lo que ocurriera (1), preguntóle Pablo: «¿Sabeis algo nuevo?—No, señor.—Pues bien, yo debo advertiros que se trama algo,—dijo el emperador.» Con imperturbable presencia de ánimo contestó el conde, riendo: «Si algo se trama, debo yo estar enterado de ello y aun cumplido en ello. Por lo tanto, puede V. M. estar tranquilo. Sin embargo, no estaria de mas que V. M. me diera poderes para encarcelar á quien creyera necesario, sin hacer distinción alguna de personas.—Sin vacilar os autorizo para ello, aun cuando se tratara del mismo gran duque ó de la misma emperatriz.—Sírvase V. M. darme esta orden por escrito, pues estoy sobre la pista de un asunto, respecto el cual podré darle mañana noticias positivas.» Con la orden que desarmaba por completo al emperador apresuróse Pahlen á manifestar á los conjurados, que hubieran querido hacer estallar la conjuración dos días despues, que no había tiempo que perder. El príncipe Suboff, el favorito de Catalina, que había sido llamado de su destierro, se encargó de hacer ver al emperador, en cuanto los conjurados se hubiesen apoderado de él, la necesidad de abdicar, de presentarle la oportuna acta para ello y de obligarle á firmarla.

A las diez de la noche el emperador se había acostado, como de costumbre, cuando los conjurados penetraron en palacio. Mientras recorrían los largos corredores buscando el aposento del emperador, Pahlen supo entretener de tal suerte á los batallones de la guardia que se encontraban en el patio que no pusieron atención en lo que en el palacio ocurría. Estas tropas estaban distribuidas de tal manera que en la antesala del emperador solo estaban de centinela dos húsares, los cuales detuvieron en su camino á los que á tan extraordinaria hora penetraban en las regias habitaciones. Al oír el ruido que con tal motivo se produjo, el emperador se levanta-

(1) Bienemann: *De los días del emperador Pablo. Notas de un noble kurlandés.* Leipzig, 1886, pág. 216.

to en camisa y apenas tuvo tiempo para esconderse detrás de las colgaduras de la cama, cuando los conjurados penetraron en el aposento y se dirigieron precipitadamente al lecho, donde con gran sorpresa no encontraron al que buscaban. Corrieron apresuradamente á las puertas, y en estas idas y venidas descubrieron al emperador detrás de las cortinas. «¿Cómo!—exclamó Pablo, dirigiéndose al príncipe Suboff,—¿te he sacado del destierro para que fueras mi asesino?» Suboff comenzó á leer el acta de abdicación, pero se puso á temblar y se detuvo. Entonces el general conde de Bennigsen dijo: «Vuestra majestad no puede seguir por mas tiempo gobernando á 20 millones de súbditos: los hace demasiado infelices y no le queda mas recurso que firmar el acta de abdicación.» El emperador, presa de la mas violenta ira, se negó á ello, y entonces el príncipe Jasczwil exclamó: «Tú me has tratado tiránicamente; has de morir.» Dichas estas palabras, comenzó la lucha, recibiendo el emperador sablazos por todos lados: la sangre manaba de su brazo y de su cabeza por multitud de heridas; defendíase como un rabioso, hasta que fué sujetado por medio de una banda que le arrojaron al cuello, derribado en el suelo y estrangulado. Los asesinos del emperador regresaron gritando: «¡Pablo ha muerto! ¡viva Alejandro!» al patio del palacio, en donde Pahlen los esperaba lleno de angustia. Al saber que Pablo había dejado de existir se apresuró á dirigirse á la habitación del gran duque Alejandro y habiéndole despertado le dijo: «Os saludo como á mi soberano: el emperador Pablo ha muerto de una apoplejía.» Alejandro dió un grito y estuvo á punto de desmayarse. «Señor,—díjole Pahlen,—se trata de vuestra seguridad y de la de toda la familia imperial. Apresuraos á vestiros y á presentaros para tranquilizar á los soldados, que aun no saben nada de lo ocurrido. El príncipe Suboff, el general Bennigsen y el ayudante general de V. M. son aquí testigos de la muerte del emperador Pablo.» Alejandro volvió en sí, se presentó á los guardias, fué saludado por las aclamaciones de éstos y tomó el juramento de fidelidad de sus nuevos vasallos, los cuales al tener noticia de la muerte del emperador Pablo parecieron despertar de una pesadilla.

Los horrores de esta noche quedaron durante mucho tiempo grabados en la mente del joven emperador y hubiera sido cosa contraria á la naturaleza que hubiera podido ver y oír sin sentir nuevo terror á la trinidad de asesinos, Pahlen, Suboff y Bennigsen, que á la sazón eran sus ministros. El nuevo gobierno no tenia la prudencia ni la fuerza de voluntad necesarias para persistir en la defensa del derecho marítimo de los neutrales y por tanto en la lucha contra Inglaterra, que acababa de bombardear á Copenhague. La influencia del conde Panin, completamente adicto á los intereses de Inglaterra, fué causa de un tratado en virtud del cual Rusia, en 17 de junio de 1801, reconoció la tiranía marítima de Inglaterra de un modo tan absoluto como hasta entonces nadie la había reconocido y como no era por lo menos de esperar de un czar cuya abuela había fundado en 1780 la alianza armada del Norte para proteger el derecho de las naciones neutrales y cuyo padre había renovado esta alianza. En aquel tratado se abandonaba el principio de que el pabellón cubría la mercancía, es decir, de que los géneros de una potencia enemiga no podían ser aprehendidos si eran conducidos por buques neutrales. Con esto quedaba reconocido á la escuadra de guerra inglesa el derecho, hasta entonces constantemente combatido, de detener en alta mar á los buques mercantes que navegaban con bandera extranjera, de registrarlos para ver si llevaban mercancías del enemigo y de someter á este registro aun á los buques mercantes cuya neutralidad estaba garantizada por el hecho de ondear su pabellón en las embarcaciones de guerra que los custodiaban. También se destruía

otro importante principio, hasta entonces respetado en el derecho marítimo, en virtud del cual determinadas plazas marítimas y todas las costas de las potencias neutrales solo podían ser consideradas como en estado de bloqueo cuando realmente se encontraran obstruidas por una escuadra de guerra enemiga. Desde aquel momento bastó que Inglaterra declarara este ó aquel puerto, esta ó aquella costa como bloqueada para que sus buques de guerra tuviesen el derecho de apresarse en alta mar á cualquier buque neutral que se dirigiera á aquella supuesta plaza obstruida, aun cuando no condujeran mercancía alguna de una potencia enemiga (1). Dinamarca y Suecia tuvieron que someterse también á este tratado, despues de lo cual el mas absoluto derecho de piratería, que era lo que Inglaterra había calificado siempre de su «derecho marítimo,» obtuvo una victoria como jamás había alcanzado. Con justa indignación había dicho Napoleon hablando de este tratado: «Equivale á un avasallamiento del mar y á la proclamación de la omnipotencia del parlamento británico.» El tratado fué tal que Inglaterra no tuvo ya nada que desear: una potencia de tercer orden se hubiera avergonzado de firmarlo. Sorprendió tanto mas, cuanto que Inglaterra, con tal de salir de la angustiosa situación en que se encontraba, se hubiera contentado con otro tratado cualquiera. «Sobre Rusia debe, pues, caer el oprobio, que ya no podrá borrar, de haber sido la primera en consentir en la deshonra de su pabellón (2).»

La paz con Inglaterra había sido comprada á costa de un sacrificio muy grande no inevitable: mucho mas ventajosa fué la paz con Francia, que pudo ver firmada en 8 de octubre de 1801, despues de haber renunciado Rusia á la restitución del Piamonte á su legítimo soberano. De todas maneras, también contenía esta paz una especie de abdicación. Tales actos no eran los mas á propósito para dar fuerza á los ministros que habían firmado los dos tratados. La trinidad de los asesinos del emperador se gastó con sorprendente rapidez: Pahlen, Suboff y Bennigsen fueron alejados uno tras otro de la corte, apareciendo en su lugar un nuevo círculo de personajes, tales como el conde Strogonoff, Nicolás Nowosiltzoff, el polaco Adan Jorge Czartoryski, á quien ya conocemos, y César Laharpe, también de nosotros conocido (3).

Cada uno de estos cuatro tenia su pasión especial: Laharpe era entusiasta de Rousseau, Strogonoff de Montesquieu y de Mirabeau, Nowosiltzoff de Inglaterra y Czartoryski de Polonia, pero únicamente este último inventó una política que se armonizaba con su entusiasmo. Hízose nombrar cuador de la universidad de Wilna y supo unir á su actividad oficial como ministro ruso del Interior la actividad del fanático polaco, siempre atento á que no solo en aquella universidad sino también en todas las escuelas de su jurisdicción en Lituania se enseñara á hablar y á pensar en polaco y desde las cátedras se infiltrara en el ánimo de los alumnos el odio mas encarnizado contra Rusia. Lo propio ocurrió en los gobiernos de Polotzk, Witepsk, Mohileff y Rusia Blanca, tan frecuentados por los rusos, que por su disposición especial estaban agregados al distrito universitario de Lituania. En ellos, con mengua de la lengua indígena, predominaba como idioma escolar el lituano y se consideraba al católico como cristiano y polaco y se despreciaba al no católico como infiel y enemigo del país. Czartoryski fué también quien, despues del rompimiento de la paz de Amiens, imprimió á la política rusa una dirección decididamente guerrera, en apariencia para atender á los intereses de Europa pero en realidad para favorecer exclusivamente los intereses de Polonia y de Rusia.

(1) Bernhardt, tomo II, págs. 449-450.

(2) *Corresp.*, XXX, pág. 488.

(3) Bernhardt, tomo II, págs. 2 y 455.

Alemania y Austria debían enredarse en guerra con Francia, y con esto pensaba Czartoryski formar una cortina detrás de la cual podían realizarse vastos planes de restablecimiento de Polonia y de engrandecimiento de Rusia. El ministro era el único que veía claro en todo esto: el emperador no acababa de entender esta tendencia y de aquí surgieron vacilaciones y contradicciones, que tan difícil han hecho para los contemporáneos y la posteridad el comprender la conexión de estos proyectos.

Respecto de Prusia, se inauguró una política de carácter muy especial. En junio de 1802 habían celebrado el emperador Alejandro y el rey Federico Guillermo III, en Memel, una entrevista, y desde entonces se escribían cartas, acerca de las cuales sabemos lo suficiente para poder decir que Federico Guillermo escribía con una cordialidad que nos permite deducir que llegó á creer haber ganado en Memel un amigo tan sincero como desinteresado. Mas adelante veremos hasta qué punto era justificada esta creencia. Lo cierto es que á la eficacia de esta entrevista atribuyó el polaco Czartoryski el fracaso completo de un plan homicida contra Prusia que en 1805 hubo de llegar casi á su realización. Para caracterizar toda la diplomacia que en este asunto se empleó, continuaremos la confesión que hacia Czartoryski en una carta que, en abril de 1806, escribió al emperador (4): «A la entrevista de Memel debe atribuirse en primer término el lamentable resultado de nuestras operaciones. Considero esta entrevista como uno de los mas deplorables sucesos que han tocado de cerca á Rusia, por lo que se refiere á sus inmediatos efectos y á las consecuencias que hasta ahora ha tenido y que aun tendrá en lo sucesivo. La amistad íntima que V. I. M. contrajo con el rey, á los pocos días de haberle conocido, ha hecho que V. M. no vea en Prusia un Estado en el sentido político sino simplemente una persona que le es querida y para con la cual debe cumplir ciertos deberes. Esta relación personal trabada con un soberano de una potencia cuyos intereses son en su mayor parte contrarios á los de Rusia influyó de un modo muy funesto en la marcha de nuestro gabinete, fué un obstáculo constante á ella é hizo fracasar en definitiva la firmemente decidida y perfectamente calculada adopción de medidas enérgicas al comenzar la campaña; vuestra majestad creyó que faltaria á sus sentimientos personales hácia el rey si admitía un plan hostil á Prusia y hasta llegó á echarse en cara el arbitrio que había encontrado, cuando para decidir la cuestión solo hubieran debido consultarse los intereses de Estado á Estado, tanto mas cuanto que el rey demostró con exceso cuán incapaz era de apreciar y corresponder á estos sentimientos. La invasión de las tropas en Prusia fué suspendida, por mas que todo el plan estaba calculado sobre la base de obligar á esta potencia á servirnos (5).»

Pronto veremos cuál era el objeto para el cual debía servir la sumisión de Prusia.

Por ahora nos basta hacer constar que la política seguida por Czartoryski desde el año 1803, cuyos rasgos fundamentales iremos viendo, era, según propia confesión, decididamente anti-prusiana y estaba, por tanto, en abierta contradicción con las protestas que respiraban la mas cariñosa consideración hácia el propio bienestar de Prusia.

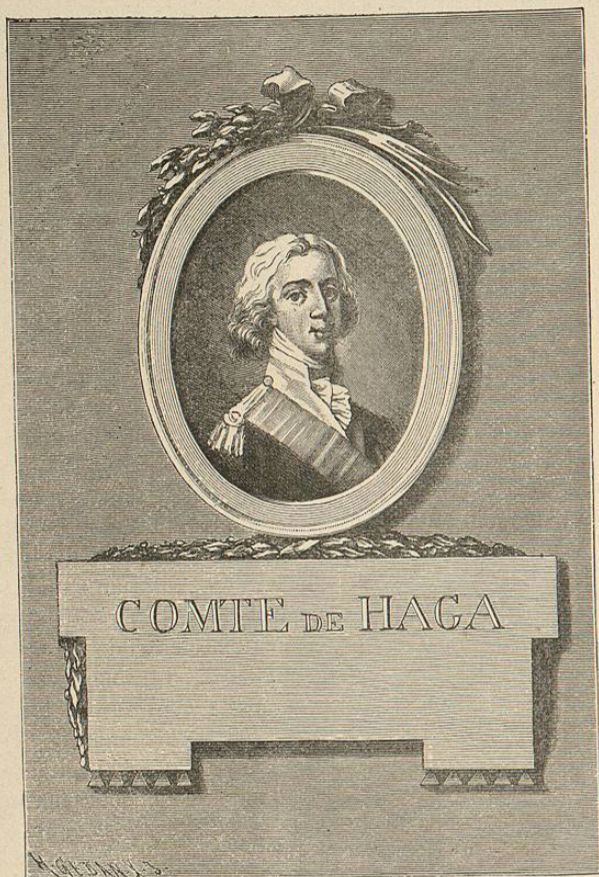
A las intrigas de Czartoryski dió un pretexto tan espontáneo como eficaz la indignación que en todas partes produjo el asesinato del duque de Enghien. En la corte de Berlín esta indignación fué tanto mayor cuanto que en ella se abri-

(4) *L'empereur Alexandre et le prince Czartoryski*, págs. 31-32.

(5) *L'entrée des troupes en Prusse fut, donc, suspendue, quoique tout le plan fut fondé sur le principe qu'il fallait forcer la main à cette puissance.*



gaba la creencia de que la nobleza de alma corría parejas en Bonaparte con su fuerza de voluntad y con su genio. El efecto que aquel hecho causó en Berlín fué tal como el corresponsal anónimo escribía, en 22 de marzo de 1804, desde París al conde Haugwitz (1): «V. E. no puede formarse idea de la consternación que aquí reina; dudo que la producida por la ejecución de Luis XVI fuera igual á la de ahora. Quizás es conocido ya á estas horas en Berlín el incomprensible crimen de aquel á quien el agradecimiento público colmaba hace pocos días de justos homenajes y que hoy solo inspira repugnancia. ¿Qué utilidad podía reportarle manchar una vida



Gustavo IV de Suecia, conde de Haga.

tan hermosa, petrificar los corazones que por él latían y tener con una sangre ilustre, heróica y limpia la última grada que había de conducirle al trono?» El hecho pareció horrible, pero mas repugnante pareció su autor, sobre todo si era cierto lo que el propio corresponsal dice haber oído sobre su conducta despues del suceso, de los mismos labios de un ayudante de uno de los primeros almirantes de Francia. Este último fué llamado á la Malmaison en la mañana del 22 de marzo. «¿Sabeis algo nuevo? — le preguntó el primer cónsul — No. — Pues hay un Borbon menos en el mundo. — ¿Cuál? — ¡Oh! bien veo que no sabeis nada. Esta noche he mandado fusilar al duquesito de Enghien.» El almirante apenas pudo dominar el terror que le produjo el tono con que habían sido dichas estas palabras. «¿Quién de nosotros, — decía á su ayudante, — puede estar seguro de su vida bajo el régimen de un hombre como éste?»

Federico Guillermo, como su consejero secreto de Estado Lombard, había tenido fe en Napoleon, no solo en su buena estrella sino tambien en su corazón. Pero cuando en una ocasión en que hubieran debido prevalecer la idea de justi-

(1) *Mémoires tirés, etc.*, tomo VIII, págs. 326-327.

cia y la nobleza de alma se encontraba con una cueva de asesinos, su fe desapareció por completo, y nadie pudo hablarle ya de amistad y alianza con los franceses. Sin embargo, de esto á querer la guerra había gran distancia. El poder de Napoleon seguía inspirando el mismo temor que antes, sobre todo al ver que hacia uso de él sin consideración alguna; además la desconfianza con que el rey por un lado miraba las condiciones de su ejército y por otro veía las aptitudes de sus generales no podía desvanecerse con las apremiantes excitaciones del embajador ruso primero y del austriaco poco despues. Una sola cosa era para él indispensable y debía procurarse sin escrúpulo alguno, á saber: un apoyo para el caso del apuro que, como ladrón nocturno, sobre él podía venir, y este apoyo fué el que quiso obtener del emperador Alejandro cuando, en 24 de mayo de 1804, firmó una declaración en contestación á la que éste le había dirigido en 3 de mayo (2). En esta declaración (3) señalaba, desde luego, como norma de su conducta en lo sucesivo, el siguiente principio: «Por muy sensibles que sean la ocupación de Hannover y sus consecuencias inmediatas, despues de haber hecho cuanto hemos podido, menos la guerra, para poner término á este estado de cosas, hemos resuelto hacer este sacrificio en beneficio de la paz, no volver sobre lo pasado y no adoptar medidas activas mientras á ello no nos obliguen nuevos ataques. Pero si el gobierno francés olvida sus promesas pacíficas y quiere llevar sus golpes contra la seguridad de algunos de los Estados del Norte destruyendo el actual *statu quo*, estamos decididos á hacerle frente con las fuerzas que la prevision ha puesto en nuestras manos.» Respecto de esta resolución, decíase mas adelante que se habían hecho á Francia solemnes declaraciones, que habían sido por ésta aceptadas, y sobre todo habíase llegado «como la confianza y la amistad lo exigían» á un acuerdo sobre este particular con el emperador de todas las Rusias, habiéndose firmado con éste un convenio basado en los siguientes principios: 1.º Oponer resistencia comun contra todo nuevo ataque por el gobierno francés dirigido á los Estados del Norte del imperio ajenos á la lucha con Inglaterra. 2.º Vigilar severamente los preparativos de la República y el estado de las tropas que ésta tenía en Alemania, y estar dispuestos, en cuanto se aumentara su número, á prestar á los pequeños Estados la necesaria defensa; y 3.º No adoptar, en un caso grave, medida alguna temporizadora, sino apoyarse mutuamente con toda energía. «Al aceptar reconocidos el ofrecimiento de nuestro ilustre aliado de aumentar indirectamente nuestro ejército en 40 ó 50,000 hombres, no contaríamos menos con las antiguas estipulaciones del tratado de alianza entre Rusia y Prusia, estipulaciones que de tal suerte ligán los destinos de ambos imperios que, tratándose de la existencia del uno, los deberes del otro han de ser ilimitados (4).» En estos principios solo se hablaba de la Alemania del Norte: fuera de ésta no quería Federico Guillermo reco-

(2) *Memorias del canceller de Estado príncipe Hardenberg*, tomo II, págs. 57-58.

(3) Martens: *Recueil des traités et conventions conclues par la Russie avec les puissances étrangères. Traités avec l'Allemagne, 1762-1808* (San Petersburgo, 1883), págs. 341-345. En esta obra está el texto primitivo, del cual se encuentra una copia en las *Memorias de Hardenberg*, tomo II, págs. 59-62.

(4) Se hace referencia al artículo IV de la «alianza amistosa y defensiva» de 28 de julio de 1800, inserta en la obra citada de Martens, págs. 270-290, en virtud del cual se renovó el tratado de 7 de agosto de 1792. En el artículo III se disponía que, en caso de una agresión extranjera, se aprontaría un auxilio de 12,000 hombres, y en el artículo IV se reservaba, en caso necesario, el derecho de «concertarse sobre los medios de aumentar los referidos socorros y de emplear, cuando fuere inevitable, todas las fuerzas para su mutua defensa.»

nocer ningun *casus belli* y aun dentro de ella hacia en el artículo IV algunas reservas. Si á alguno de los pequeños soberanos que al Oeste del Weser reinaban, como el conde Bentheim, que estaba vendido á Francia, y el duque de Arenberg, que dependía de ella por completo, les ocurría algo que pudiera remediarse por la vía de las reclamaciones, no debía entenderse que éste era un caso de alianza: únicamente en la orilla derecha del referido río, en el territorio de las ciudades anseáticas, de Lauenburgo y de Mecklenburgo, había intereses que defender que Prusia consideraba como propios y para cuya defensa podía hacerse un llamamiento á Dinamarca, á Sajonia y á todos los príncipes del Norte de Alemania.

Un tratado convenido en esta forma de cambio de declaraciones no era, en su espíritu y en su letra, mas que una promesa de Prusia de defender con el auxilio de Rusia y contra los ataques de Francia la paz del Norte de Alemania á la derecha del Weser. Mientras Napoleon no atentara á esta paz, Federico Guillermo estaba en su papel y en su derecho al aconsejar á su inquieto amigo, el emperador Alejandro, que desistiera de sus excitaciones á la guerra, cuyos efectos había de ser Prusia la única en sentir á causa de su situación geográfica (1). En virtud de esta acta, nadie podía exigir de Federico Guillermo que, como obligación por el tratado impuesta, entrara en los planes de ataque; y si Czartoryski así lo hizo, fué precisamente para encontrar un pretexto de hacer la guerra á Prusia, ya que como polaco trabajaba por los intereses de Polonia.

Como la violación de territorio por Napoleon cometida en Etenheim no había ocurrido en la Alemania del Norte, Prusia se abstuvo de hacer caso de las protestas que en mayo y en junio enviaron respectivamente á la Dieta las cortes de Rusia y de Suecia (2). En cuanto á la violación de la neutralidad del Norte de Alemania que en 25 de octubre de 1804 cometió Napoleon deteniendo y llevándose al agente diplomático que Inglaterra tenía en la Baja Sajonia, el caballero Rumbold, Francia dió la reparación debida poniendo en libertad á aquel agente luego que hubo recibido la queja de Federico Guillermo (3).

La lectura de la carta que con este motivo escribió Federico Guillermo en 30 de octubre al emperador produce cierta emoción, pues en ella se encuentra el lenguaje del mas profundo sentimiento causado por aquel nuevo y rudo desengaño que había sufrido su confianza y por el reiterado y sensible peligro á que se exponía toda su política en el Norte de Alemania. Al final de esta larga carta, se decía: «La seguridad del Norte ha desaparecido y es preciso que V. M. atienda para que se le pueda con razon llamar, como quiere, el bienhechor de Europa. Es V. M. demasiado poderoso para que necesite inspirar confianza. Yo mismo la perderé, sin esperanzas de recobrarla, si en esta ocasión no puedo demostrar á Europa que toda mi política descansa en una apreciación justa de nuestras relaciones y en el punto de apoyo que tenía para comprender mejor que otros los principios fundamentales que V. M. profesa. La ocasión es demasiado seria para que deje de llamar sobre ella la atención de vuestra imperial majestad, sin inquietarme por las consideraciones que en el fondo de su ánimo puedan surgir y ejercer so-

(1) Carta de 11 de julio de 1804. Véase Martens, pág. 351.

(2) Hauser, tomo II, págs. 498-499.

(3) *Documentos relativos á la cuestion Rumbold*, publicados por Adolfo Wohlwill en el tomo VII de la *Revista de la sociedad para la historia de Hamburgo*, 1881, págs. 387-400. Entre ellos figura la carta, hasta ahora no publicada, de Federico Guillermo á Napoleon (30 de octubre de 1804). Véanse tambien las *Memorias de Hardenberg*, tomo II, pág. 89.

bre V. M. alguna influencia. La debilidad tiene á veces motivos para no revocar órdenes mal dadas, pero la fuerza debe cifrar en ello su orgullo. Pido, pues, á V. M., como prueba de su amistad y de su respeto, como sello de lo pasado y garantía del porvenir, como resolución que de ser en sentido negativo me afirmará en la idea de que me equivoqué al creer que nuestros sentimientos eran recíprocos, que dé las órdenes oportunas para que el caballero Rumbold sea puesto inmediatamente en libertad, con lo cual se tranquilizará la opinión pública, excitada por lo sucedido. Con ello me dará V. M. la medida del aprecio en que tiene la amistad de Prusia y de la prudencia del sistema que hasta ahora ha seguido, y sobre todo desengañará á los enemigos de Francia y matará en ellos la satisfacción que el suceso les ha producido (4).» A esta carta contestó Napoleon con otra, fechada en Saint-Cloud en 10 de noviembre de 1804, que comenzaba con estas palabras: «Señor hermano: Hoy á las ocho de la noche he recibido la carta de V. M. de 30 de octubre. Los sentimientos de confianza y de amistad que expresa me han conmovido en extremo. Impresionado por esta carta, lo primero que he hecho ha sido dar las órdenes necesarias para que esta misma noche sea puesto en libertad el caballero Rumbold y desistir de todo procedimiento y de toda acusación contra este individuo (5).» Al día siguiente el *Monitor* hizo pública la libertad de Rumbold, añadiendo que le había sido otorgada por la recomendación del rey de Prusia. Sea cual fuere el juicio que esta especie de satisfacción pudo merecer, lo cierto es que á la faz del mundo entero era un reconocimiento expreso de la neutralidad del Norte de Alemania y de los derechos de Prusia como potencia protectora de la misma neutralidad. No respetar estos derechos, ante los cuales se había inclinado el mismo Napoleon, violarlos intencionadamente y considerar su mantenimiento como una especie de traición hecha á los deberes nacidos de un tratado sagrado, tal era la línea de conducta en que tenazmente perseveraba el príncipe Czartoryski.

Hannover era un jalón puesto en el territorio de Prusia; el otro era la Pomerania sueca. Si realmente Gustavo IV de Suecia había ofrecido, como dice Hardenberg (6), pocos años antes al rey de Prusia esta provincia por 16 millones de thalers, la no aceptación del negocio fué una de las mas imperdonables omisiones del reinado de Federico Guillermo, y si es verdad que esto se debió «á las intempestivas é imprecisas observaciones» del conde Schulenburg, debe pesar sobre éste gravísima responsabilidad. El Hannover había sido continuamente un pretexto antes para Inglaterra y á la sazón para Francia, y la Pomerania sueca había servido siempre de tal á Suecia y á Rusia para turbar la paz del Norte de Alemania y enredar al rey de Prusia, contra su voluntad, en una guerra. La seguridad propia de Prusia no le permitía tolerar en la Pomerania sueca ni un desembarque de tropas rusas ni los preparativos guerreros de Suecia, porque esto había de ser causa de que los franceses, que se encontraban en Hannover, adoptaran las medidas necesarias para contra-restar tales actos. Esto no obstante, á las disposiciones que adoptó Prusia simplemente para defenderse contra toda invasión de los rusos en el Mecklenburgo contestó el príncipe Czartoryski, en 8 de diciembre de 1804, con una amenaza de guerra (7). Las compras de cereales que hubo de verificar el gobierno prusiano á consecuencia de las malas cosechas

(4) El que leyere la carta íntegra encontrará en parte incomprensible y en parte injusto lo que dice Hardenberg en sus *Memorias*, tomo II, pág. 94, sobre la conducta del rey.

(5) La carta íntegra en la *Corresp.*, X, págs. 47-48.

(6) *Memorias*, tomo II, pág. 84.

(7) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 114.